

PORTUGAL, GRECIA Y LA DEMOCRACIA

PORTUGAL y Grecia están pasando problemas profundos para el establecimiento de la democracia. Son casos distintos, pero paralelos. En Portugal, la tendencia dominante es la de la izquierda, conducida por los militares del Movimiento de las Fuerzas Armadas, que pretende llevar al país a la «transición pacífica del capitalismo hacia un modelo futuro socialista», según ha declarado el ministro Comandante Melo Antunes al presentar el programa económico del gobierno. En Grecia domina la derecha de Caramanlis, que se dirige hacia una república presidencialista burguesa, inserta en los modelos capitalistas al actual uso occidental europeo, y tiene enfrente a gran parte de la opinión militar, situada más aún a la derecha del gobierno: el 24 de febrero, el gobierno anunció el descubrimiento de un «complot» de oficiales «vecinos a los exponentes de la dictadura que esperan ahora juicio»: serían militares jóvenes del II Cuerpo de Ejército afectos al que fue jefe de la policía militar, Ioannidis, que querían «salvar el país de la anarquía», según sus declaraciones. Se les ha ocupado una lista de personas para asesinar.

UN paralelo entre Grecia y Portugal es que los nuevos regímenes de vocación democrática han nacido sin derramamiento de sangre y con un mínimo de persecuciones políticas. Es un carácter original con respecto a sus antecedentes históricos —con alguna excepción— e incluso en contraste con la violencia de Estado que había dirigido los regímenes derrocados. Hay reproches, en los dos países, a lo que consideran «exceso de clemencia», por parte de las bases más extremas que sostienen las nuevas situaciones. En Grecia ha habido manifestaciones pidiendo el cadalso para los conjurados, o su entrega al pueblo; los periódicos —salvo la extrema derecha— piden una depuración de las fuerzas armadas; la exigen desde el centro hasta la izquierda, que más o menos acusa a Caramanlis de mantener misteriosas relaciones

de amistad y complacencia con los antiguos dictadores. No hay que olvidar que en efecto Caramanlis fue llamado a gobernar por la misma Junta que se desmoronaba, buscando la solución de una derecha parlamentaria y de régimen de partidos para sostener una situación que a ellos se les fue de las manos tras el fracaso de Chipre. Es lícito pensar que ha habido un pacto secreto y que Caramanlis lo cumple. En Portugal, las izquierdas culpan a los militares, en el poder de permitir el paso de políticos y personalidades del antiguo régimen a los partidos nuevos, a pesar de la ley electoral que tiende a eliminar, como electores y como elegibles, a quienes hayan ocupado cargos o hayan apoyado al régimen fascista. Las manifestaciones de protesta contra los congresos y reuniones de los partidos de la derecha tienen ese sentido. En cambio, desde el centro y la derecha, incluso desde la izquierda socialista, se reprocha a los militares su respeto al partido comunista: se les acusa de colusión. Desmentida en los hechos por la insistencia del Movimiento de las Fuerzas Armadas en celebrar las elecciones en abril, cuando el partido comunista hizo cuestión de vida o muerte aplazarlas o suspenderlas, convencido de que va a obtener una votación muy débil.

SIN embargo, estas restricciones en la represión, este empeño en no causar daño ni romper la tensión superficial de la sociedad más que en lo mínimo que caracterizan a las dos diferentes revoluciones —diferentes en su cometido, en su objetivo, aunque no tanto en su origen: entre Spínola y su llamada a los partidos de la clandestinidad y el exilio, y Caramanlis realizando la misma operación en Grecia no hay más diferencia que la de que Spínola fracasó en su intento de crear una democracia burguesa y capitalista, y Caramanlis, hasta ahora, lo está consiguiendo; pero Spínola puede emerger acaudillando una derecha nueva y antigua, como Caramanlis puede caer si se perpetúa el descontento

La guardia nacional protege a los miembros del partido cristiano-demócrata a la salida de la reunión del Palacio de Deportes de Lisboa: el M. F. A. está decidido a defender la democracia.





Caramanlis está consiguiendo por ahora en Grecia lo que Spínola no logró realizar en Portugal: la creación de una democracia burguesa y capitalista. (En la foto, Caramanlis con el ministro de Defensa, Averoff, derecha.)

económico—: estos cambios de régimen, estas sustituciones de una dictadura por una apertura, ofrecen como modelo estrictamente contemporáneo su carácter Incruento. Más importante de tener en cuenta, porque se trata de dos países con algo más que un pie en el subdesarrollo, con una pobreza galopante y una injusticia antigua en el reparto de los bienes, y una violencia y unos crímenes de Estado que en Grecia se remontan a mucho antes de la Junta —al final de la guerra mundial— y en Portugal proceden del primer cuarto de siglo.

PARECE que la democracia, para asentarse a sí misma, para demostrar sus teoremas, ha encontrado el mejor camino posible: el de la implantación pacífica. La democracia no es nada más que un respeto a las opiniones de los demás y a su expresión, y la fijación de unos caminos políticos que se desprenden de esa expresión de opiniones. La defensa que el Movimiento de las Fuerzas Armadas hace de partidos que políticamente son contrarios al propio programa de la revolución que ellos hicieron hay que entenderla no como una debilidad, ni siquiera como una defensa real de esos partidos, sino como defensa de una democracia que quieren mantener. Como la decisión de vigilar la situación posterior a las elecciones y conservar en la Constitución que se redacte un papel de guardianes, y un derecho de veto, corresponde también a un empeño democrático. El riesgo, en Portugal como en Grecia, es el de un paso a la dictadura. Nada garantiza que la institucionalización de las fuerzas armadas para el futuro pueda ser utilizada por otros que no tengan los mismos conceptos que los actuales militares, y que la canalización de esos imaginarios dictadores no se vaya a hacer por las vías constitucionales que se abran ahora. En la democracia ideal, el poder de los civiles parece que debe ser perfectamente claro.

LA Junta de Salvación Nacional está afirmando continuamente en Portugal que en ningún caso se deriva hacia la dictadura. «Nunca hubo por parte del Movimiento de las Fuerzas Armadas ninguna intención de instaurar una dictadura militar; de haber tenido esa intención, lo habría hecho el 25 de abril, o el 24 de septiembre» (fecha de la caída de Spínola), dice uno de los comunicados que se publican estos días: recaba en cambio el derecho de vigilar, de mantener «una atención permanente del proceso, lo que contiene implícitamente una capacidad de actuación siempre que las circunstancias lo impongan». Pero precisamente la demostración de su éxito al encauzar al país por una vía determinada será la de que no tenga que actuar, la de que no tenga que intervenir.

NO están en este momento claros los destinos de Grecia ni los de Portugal. Ciertamente que en estos momentos ningún país ni ningún régimen tiene su futuro claro. Todas las viejas fórmulas de gobernar y administrar están en entredicho, como consecuencia del choque entre nuevas ideas que brotan y fuertes presiones económicas negativas. La resurrección de estos dos países oprimidos y heridos desde hace tantos años es un experimento que ha de seguirse con enorme atención. ■



El jefe de las fuerzas armadas griegas, general Dionysios Arbutis, y el ministro de Defensa, Evangelos Averoff, reciben informes relacionados con el abortado golpe de Estado.